

EL ALIMENTO, LO VACÍO Y LO LLENO

*Miguel Espeche**

El primer alimento

Sin la ternura del contacto con la madre, la leche ofrecida al lactante sería sólo proteína desangelada. La tibieza, la piel, el arrullo y la mirada de la madre transforman la ingesta del recién nacido en un acto sacramental, en el que la leche es un elemento esencial, pero no el único.

Ese primer alimento tiene todos los elementos de un auténtico banquete. El cielo y la tierra se unen en un acto de afecto profundo que imprime amor y beatitud en el alma del chiquito, a la vez que los elementos más prosaicamente nutricios hacen lo suyo en clave biológica. Dos dimensiones, en un sólo acto, abrazadas por ese embeleso fundante.

En ese primer banquete, la cruda corporeidad va cobrando significación humana, los sentidos del niño se van ordenando y la pulsión vital, sin palabras en el principio, va abriéndose de a poco al universo de relación (un yo, un tú), dando nombre y sentido a aquello que, con ojos de ignorancia, se podría confundir con la “mera” biología del alimento.

Así son las cosas: el alimento, sin el amor que vincula, no alimenta. De hecho, décadas atrás, en alguna sala de neonatología norteamericana intentaron ofrecer leche a los recién nacidos a través de máquinas diseñadas a tal efecto. Eran épocas en las que comenzaba el encandilamiento con la automatización de todo. El juego consistía en homologar lo humano al diseño de la industria y lo que ocurrió en aquella sala es algo por muchos conocido: los chiquitos se murieron, tras una agonía cruel, por más que la leche entraba en su tracto digestivo. No los recibió la calidez del abrazo, sino el frío de la máquina que procuraba llenarlos con lo que suponían que necesitaban. Pero con eso no alcanzó, faltaba algo más...

* Psicólogo y psicoterapeuta dedicado a las áreas vinculares, educativas, comunitarias empresariales e institucionales. Autor de “Penas de amor” y “Criar sin miedo”.

El “algo más” del alimento

Hay un comer para no morir, y hay un comer para vivir, para humanizar. El primero va en línea con aquellos que idearon la máquina de lactancia o los que perciben la cuestión de la alimentación sólo como un territorio de proteínas, lípidos y demás. Se trata de una ingesta para evitar la desnutrición y la muerte: una ingesta de supervivencia. En nada se desmerece esa dimensión, pero, como decíamos antes, no es suficiente.

La segunda forma de percibir al acto de alimentarse es la que va más allá del evitar la muerte y permite darle cause a un deseo palpitante de existencia, para transformarlo en afecto, en vínculo, en cultura, en símbolo, en palabras y, sobre todo, en motivo para celebrar la existencia de manera compartida.

Se trata de una dimensión de la nutrición tenida en cuenta desde una perspectiva esencial, que evoca la beatitud aquella, la primordial, en brazos de la madre. Es un comer y un beber de banquete, de comunión, de deleite o de agradecimiento. Genera ganas, alegría, como aquellos comensales de “La fiesta de Babette” tras haber sido honrados con manjares impensados.

Podríamos hacer una quizás extraña comparación de lo antedicho con un pasaje bíblico. Cuando Dios hizo al hombre, primero lo creó de barro. Ese barro no fue suficiente para definir su condición, pero sentó base. Tras darle la forma (el cuerpo), Dios sopló y con ese aliento completó Su obra. El Hombre así se hizo Hombre y allí comenzó la historia.

Ese soplo es el mundo al que nos referimos como el “algo más” que hace a la cuestión del alimentarse. Es por esa dimensión que el hálito vital es, también, una forma del alimento que acompaña de manera esencial a lo que se sirve en el plato o en el vaso ubicado sobre la mesa. Se percibe, por ejemplo, en el hecho de que en derredor de las mesas los hombres, mujeres y niños han compartido no solamente la comida, sino las palabras, las imágenes, los afectos y los lazos que les dan pertenencia y sentido.

Los valores culturales, los cuentos, los intercambios y conversaciones, se dan alrededor de los alimentos (la mesa, los festividades, banquetes, costumbres y ceremonias). Ese “algo más” que antes representaba el arrullo materno, hoy se traslada a lo que rodea el alimento que comeremos, con todo un lenguaje que expresa la intuición respecto de lo sagrado que subyace en ese acto.

La necesidad y el deseo

La idea de comer y de beber en nuestra cultura consumista generalmente sugiere una visión de vacío a ser llenado. Nos “falta” el alimento y esa falta es compensada por la ingesta. Es la idea del que consume, que sacia su sed y hambre a través de la “in-corporación” de aquello que necesita y que le es provisto por el “afuera”. El estómago vacío se llena del alimento, y así se logra el cometido de seguir viviendo.

Desde esta perspectiva es lógico pensar que el ser humano, como condición que lo identifica, sería un ser vacío a ser llenado: un sujeto de necesidad por sobre cualquier cosa. El vacío sería, en ese caso, el motor del mundo humano, siendo la *necesidad* el elemento que toma del mundo los elementos imprescindibles para la sobrevivencia. El vacío, como ocurre en el mundo físico, aspira, toma, succiona, para poder compensar su condición carente y, digámoslo, mucho de lo humano se percibe de esa manera en diversos ámbitos, como el político, social, económico, etc.

La vida así planteada ofrece un escenario en el que el existir es un eterno contrarrestar la Nada, huir de un “Cero” que, multiplicado por cualquier número, da cero por resultado. El fondo de nuestra identidad sería una ausencia, no una presencia, lo que convoca a la angustiada búsqueda de aquello que tape el pozo eterno que subyace a nuestra naturaleza. Debemos alimentarnos para cubrir esa necesidad, esa ausencia de ser, esa sospecha de que nuestra raíz está habitada por un insondable pozo, que pide y pide para sí, desde su nada absoluta.

Un ejemplo de cómo se simboliza esta visión de lo que somos, y en particular en lo que hace al alimento que “llena” el vacío, es la imagen del vampiro. Imposibilitado de generar su propia sangre, voraz y desesperado, vacío de vida real, succiona la sangre ajena, amparado en la noche y en su condición de muerto vivo. El conde Drácula, pobre, está condenado al latrocinio hemático dada su incapacidad de contactar su propia fuente vital y, por esa causa, sentirse vacío de todo. Depende de aquello que los humanos producen durante el día, él, que no puede ubicarse bajo la luz del sol sin desaparecer.

La fuente del deseo

La misma historia de nuestra condición puede relatarse desde el lugar del deseo, de las ganas, de la fuerza vital que emerge, como el agua de una fuente, desde un lugar fecundo, aunque misterioso, que va buscando lazos y caminos para desplegarse.

Esa idea remite a aquella premisa de la psicología que dice que en el Aparato Psíquico no existe la *nada*, que todo es un *algo*. Si la madre no está, el bebe no percibe “mamá no está”, sino “siento miedo” o “siento angustia”, es decir, la percepción se da desde lo que vivencia en términos de lo que “es” o lo que “hay”, no desde lo que falta.

Se da toda una visión de lo humano muy distinta cuando apuntamos al deseo como aquello que surge de una fuente ligada a un misterio generoso que dona vida, y no tenemos tan en cuenta a la necesidad como motor ansioso de la existencia. Deseamos vivir, desplegar nuestra abundancia vital, desarrollar y organizar con otros esa fuerza pulsional que tenemos, y desde ese emerger hacemos lo que hacemos.

Así visto, lo que nos guía es lo que abunda, no lo que nos falta. El deseo de vivir es eso: un deseo, y como tal es una cifra, no un cero.

¿En qué cambian las cosas cuando vemos nuestro existir desde el deseo y no desde la necesidad?

En lo que hace a la alimentación, digamos que en principio salimos del rol de consumidores y pasamos a ser comensales que comparten los alimentos. Nos corremos de la mirada del ser vacío, carente, voraz y vampírico, para encontrarnos en la dimensión del alimento como vehículo de nuestra humanidad más plena, a ser desarrollada en clave de relación con el Otro. Veamos un ejemplo de cómo el territorio de la necesidad, cuando es la única visión de lo que nos motoriza, atenta contra la salud y nos encarcela en el rol de demandantes. El ejemplo es sencillo: la música y la idea del amor de relación. En tal sentido, digamos que desde que la sociedad nuestra se empezó a llamar a sí misma “sociedad de consumo”, todas las canciones de amor se transformaron en canciones de necesidad, en las que el “Te necesito” y el “I need you” eran como un himno que hablaba de síndromes de

abstinencia más que de amor en plenitud. El modelo de nutrición amorosa era el del ser vacío a ser llenado por el otro, quien a su vez también se percibía como vacío y pretendía ser llenado por el otro... y así las cosas.

Sabemos que las relaciones que florecen se dan desde un amor que surge y se encuentra con el amor del otro, para generar un tercer lugar: el vínculo, que propone fecundidad. Uno ama por lo que le surge del corazón, no por lo que le falta en clave de “hueco existencial” a ser llenado por el otro, en una simbiosis inviable.

Ver a jóvenes y no tan jóvenes como seres vacíos y “necesitantes”, débiles y agobiados por su aridez, cantando “sin vos no soy nada”, es la mejor manera de crear una cultura de consumidores que estimulen la economía de la masividad y deambulen en la inmadurez en clave de shopping.

No es gratuito este ir y venir desde el terreno del alimento más literal al terreno del amor vincular, apuntando a las diferentes formas que tenemos los humanos de alimentarnos. Hay un hilo conductor que une los diferentes territorios y, junto al barro del que estamos hechos, también señalamos lo imprescindible de aquello que sopla desde un lugar amoroso, rico, dadivoso.

Visto así, podemos salir de esa idea de un origen de pozo negro succionador, voraz, que nos pide ser llenado para saciar su absoluta necesidad. Mirar nuestra vida desde la fuente de vida, y no desde el hueco de la nada, nos permite evocar la bienvenida de aquel arrullo del primer alimento, en el que recibíamos la leche no solamente desde el cuerpo de nuestra madre, sino desde su deseo de ser y hacer ser, ese misterio generoso que nos lanzó a vivir, no para un mero evitar la muerte, sino para que despleguemos la fuerza de nuestra vitalidad y así escribir una historia fecunda, en la que nos nutrimos y nutrimos al otro, compartiendo la abundancia del mundo, sentados en derredor de la mesa que nos convoca.